









NA: 322238 y

NA: 322239

UNIVERSIDAD SAN PABLO CELU
BIBLIOTECA
CALLE MUNITA

GM/240

(a-b)

BARCELONA

IMPRESA DE DON JUAN HERBANO

R. 256.653

82-32(460)"18"



IN VERITATE
LIBERTAS

UNIVERSIDAD SAN PABLO CELU
BIBLIOTECA
GIL MUNILLA

GM/240a

LA

DICHOSA HIPOCRESIA.

NOVELA MORAL.

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR D. F. D. O.

BARCELONA:

IMPRENTA DE TORRAS HERMANOS.

AÑO 1822.

Se hallará en la misma, Plaza nueva, y en
la librería, de José Solá calle del Call.

LA
DICHOSA HIPOTESIS.

NOVELLA MORAL.

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

por D. F. D. O.

BARCELONA:

IMPRESA DE TORRAS HERMANOS.

Año 1832.

Se halla en la misma Plaza nueva y en
la librería de José Solé calle del Call.

LA DICHOSA HIPOCRESIA.

NOVELA MORAL.

Un día de Jueves santo por la tarde, el Conde Armando de Trebes al salir de casa de un amigo con quien habia comido, fué acometido de un fuerte y repentino aguacero que le obligó á buscar un abrigo en la Iglesia de las Salesas, junto á la cual se hallaba, y en donde cabalmente entró estando las Monjas cantando maytines en el coro, cuya reja cubria por dentro una cortina. Al cabo de un cuarto de hora como la lluvia habia parado, Armando se levantaba para continuar su camino, cuando una voz armoniosa é inesperada saliendo al parecer de la tribuna del órgano de las monjas, le hechizó de tal suerte, tanto por su

dulzura y encanto, como por su gusto esquisito y método perfecto, que se volvió á sentar para oirla. Aunque el Conde habia adoptado todas las opiniones de la Filosofía moderna, esta voz celestial que iba directamente al alma, le hizo experimentar unas sensaciones enteramente nuevas, comunicando de improviso á los objetos que veia en su contorno cierta magestad que hasta entonces no habia advertido: así el ambar mezclado con otros aromas, hace mas grata la suave fragancia que estos exhalan. . . Armando al escuchar este canto melodioso, contempla con religioso respeto aquellos velos negros que cubren los altares; aquel sepulcro glorioso á cuyo pié postrada junto á la cruz, la piedad agradecida recogidos los sentidos medita silenciosamente. Siente una especie de conmocion involuntaria al ver apagar sucesivamente los cirios simbólicos al fin de cada Salmo can-

tado con la mayor solemnidad: todo recuerda un sacrificio, un beneficio, un amor inmenso: todo expresa la melancolia, el agradecimiento y el dolor. . . . Calla la voz y con ella desaparece la luz; la oscuridad no permite distinguir otra cosa mas que el sepulcro santo á penas iluminado por una triste lampara cuyos débiles reflejos quedan casi interceptados por el negro velo de crespon que la cubre. Armando se queda inmóvil sin saber lo que le pasa, y y hubiera permanecido mucho tiempo en este estado, si la alquiladora de sillas que vino á pedirle el pago de su asiento, no le hubiese al fin sacado de su arrobamiento: volviendo entonces en sí con cierto estremecimiento, le pregunta si la persona que ha cantado es alguna novicia del convento. No Señor, responde ella, es una señorita llamada Hermina de Velmare. = Como! ¿la hija de la Marquesa de Velmare que

vive en esta misma calle? = Cabalmente. = ¿Que edad tiene? = Diez y nueve años. = Pues como! ¿está aquí de educanda? = No Señor: pero cada año por este tiempo acostumbra venir con su madre á hacer ejercicios. Aquí acabó la conversacion y Armando penetrado aún de la extraordinaria sensacion que le habia agitado, no se atrevió á preguntar si Hermina era bonita; dió un profundo suspiro, se levantó y marchó. Fué aquella misma noche á cenar en casa de la Baronesa de Urzelles, viuda, rica, vana, inconsiderada, maldiciente y aun coqueta á pesar de sus cincuenta y tantos años. Tenia esta señora dos hijas, y deseaba con extremo que Armando casase con Aglaé la mayor de ellas, que solo contaba diez y ocho años: la figura de esta señorita no era de las mas regulares, y su tez ajada ya por los afeytes, las noches perdidas y la agitacion de la coquetería, había

perdido aquella frescura propia de su edad; pero los hombres en general gustaban de su fisonomía: además unos ojos vivísimos, un cabello hermoso, un cuerpo ayroso, la elegancia en el vestir, un trato muy fino, una sensibilidad sumamente afectada, mucha viveza y unos deseos extraordinarios de agradar, hacian que se la tuviera por una persona discreta, agraciada y aun bonita. Aglaé bailaba perfectamente, y sin embargo de ser esta su única habilidad, se enseñaban dibujos muy correctos, hechos por otra mano, que se daban por obras suyas. Aunque no tenia voz, no por esto dejaba de cantar metódicamente algunos duos con el famoso *Richer*, (1) y el mérito del maestro suplía en esta ocasion la insuficiencia de la discipula comunicando á esta música un agrado infinito. Así mismo se la oía con

(1) *Richer*: célebre maestro de música de Paris.

gusto tocar el forte piano, porque siempre la acompañaban dos ó tres instrumentos superiores; pues con un poco de charlatanería y travesura, y sobre todo con mucho dinero, es fácil grangearse una reputacion brillante, sea en la clase que se fuere. Muchas gentes perderian su celebridad si llegasen á arruinarse: los que no son capaces de adquirir por sí solos algunas habilidades, procuran con destreza apropiarse las ajenas, y realmente es lo bastante cuando no se trata mas que de lucir un momento en medio de un corrillo de aduladores.

Armando no estaba enamorado de Aglaé, pero sus amigos tenian particular empeño en que casase con ella: todos á porfia se esmeraban en elogiarla, y son pocos los que en el mundo tienen suficiente firmeza para hacer frente á esta especie de conjuracion. ¡Que cosa habrá que no se logre de la juventud, y aun de

la edad madura, si se consigue exaltar la cabeza y lisongear el amor propio! El defecto mas comun de la gente visible, en el caso de no establecer por si sola un juicio formal, es de no adherirse jamás sinó á la opinion agena; la admiracion mas infundada, con tal que sea general, es para ella un mal contagioso: asi es que Armando lisongeadó de que hubiese recaído en él la eleccion de una joven tan celebrada estaba casi resuelto á casarse con ella aun antes de haber pensado en declararse formalmente.

El concurso fué numerosísimo aquella noche en casa de la Baronesa pero aunque Armando habló continuamente de Hermina, como ninguno de los tertulianos la conocia, á excepcion de la señora de la casa que tenia parentesco con la marquesa de Velmare, ella sola pudo contestar á sus innumerables preguntas. Las señoras quisieron saber si esta

joven era bonita, y la contestacion, que Armando aguardaba con impaciencia, satisfizo muy poco las esperanzas que habia concebido. Seria tal cual, dijo la Baronesa, si fuera menos torpe y tuviese mas soltura; pero ni sabe vestirse, ni como debe presentarse en una sociedad. A fé que es extraño, replicó un hombre gordo vestido de negro, porqué la marquesa era hermosa y agraciadísima, y conserva aún en el dia mucha elegancia á pesar del trage de beata que ha adoptado. . . ¡*El trage de beata!* repitió riendo la Baronesa; hagame vd. el favor, caballero, prosiguió con mucho agrado, de no criticar tan satíricamente á mi prima; y al decir esto se echó otra vez á reir, y lo mismo hicieron los demas circunstantes. El hombre gordo que jamas habia tenido la intencion que todos en aquel momento quisieron prestarle, y que en toda su vida habia sabido que cosa

era una sátira, quedó sumamente li-
songeado del inesperado aplauso que
recibia, y para sostener esta especie
de triunfo, empezó á burlarse abier-
tamente de la devocion de la Mar-
quesa de Velmare: sobre esto algu-
no de los concurrentes observó que
esta señora tenia mucho talento, y
que por lo tanto no era posible
que su piedad fuese sincera: dicho
que la Baronesa aprobó con una son-
risa espresiva. ¿Peró de que utili-
dad, dijo Armando, podrá ser la hi-
pocresia en el siglo en que nos ha-
llamos? Me parece que la devocion
no acarréa alabanzas, y es imposi-
ble que en el dia sea un medio de
adquirir consideracion, ó de hacer
papel en la corte. = Es un modo
de singularizarse. = Es preciso con-
fesar que el que esté dotado de al-
gun talento, puede escoger otro cual-
quiera menos austéro y menos in-
cómodo. En esto la Baronesa se le-
vantó para arreglar las partidas de

juego, y Armando, que no quiso tomar naypes, se sentó al lado de Aglaé. Esta ultima prosiguiendo la misma conversacion, hizo ver que tenia mucha lastima á Hermina que por su falta de educacion y de conocimientos, se producía de un modo *tan inferior á lo que su edad exigia.* = ¡Mire vd. que canta perfectamente! = Si: ¿tal vez alguna Antifona? = ¿Tiene talento? = ¿Quien quiere vd. que pueda juzgar del de una persona tímida é ignorante? = Ya entiendo: ¿y su genio? = Se ha criado con tan ridicula sujecion, que si bien es posible formar una idéa de lo que es, no es fácil conocerlo á fondo.

Esta conversacion fue interrumpida, y Armando se demostró lo restante de la noche menos obsequioso con Aglaé, y menos amable de lo que acostumbraba: hizo algunas confusas reflexiones acerca de su propension á la mordacidad; y cuan-

do la oyó cantar despues de la cena, el mismo se quedó aturdido de hallarle una voz tan inferior á lo que antes le habia parecido: es verdad que en aquel momento se acordaba de la de Hermina.

Aunque Armando no tuviese mas que veinte y nueve años, ya llevaba dos de viudo. Su primer matrimonio no habia sido feliz, y su esposa entregada á la mayor disipacion, habia muerto de una enfermedad inflamatoria al fin de un divertidísimo Carnaval; ¡ funesta y demasiada comun consecuencia de los placeres de aquella temporada! La Condesa de Trebes dejó al morir á su esposo, muchas deudas que pagar y pocos motivos de llorar su perdida: sin embargo Armando por respeto á su memoria conservó bastante intimidad con su cuñado el caballero Delmore, joven atolondrado, muy calavera, jugador y disoluto; pero por otra parte de genio ale-

gre y muy amable. Armando que habia nacido con una alma sensible y amaba la decencia, sentia vivamente los extravios de su cuñado, le prestaba dinero, le daba buenos consejos; y Delmore sin tomar á mal sus advertencias le contestaba con algun chiste, le hacia reir, y seguia del mismo modo sin variar nada en su conducta.

En uno de los ultimos dias de Abril, Armando supo por la mañana que los acreedores del caballero Delmore le habian hecho encerrar en el *Fuerte del Obispo*; (1) con cuyo motivo acudió allí aquella misma tarde, y habiendo obtenido permiso para entrar, estuvo mas de una hora haciendole compañía. Al salir de aquel sitio encontró en un patio interior á dos señoras acompañadas de cuatro ancianos, cuya libertad acababan de conseguir, lle-

(1) Espécie de prision de estado en donde solian encerrar á los que tenian muchas deudas.

vando un velo negro echado á la cara que no dejaba percibir sus facciones. Armando preguntò al alcayde si las conocia. Si señor, respondió este, y no es la primera vez que las veo aquí; son señoras de mucha distincion. = ¿ Como se llaman? = La Marquesa de Velmare y su hija. Al oír Armando esta respuesta, dobló el paso para verlas; però no llegó á tiempo porque habian entrado en el coche y al momento se alejaron: la noche habia cerrado yá, y como los lacayos no llevaban achas, lo único que pudo reparar fué que una de las dos era mas ayrosa y tenia mejor cuerpo que la otra. Este inesperado encuentro le hizo alguna impresion, y estuvo veinte y cuatro horas pensando en el; però luego las distracciones de la sociedad se lo hicieron olvidar enteramente.

Como Armando se veia precisado á salir diariamente para arreglar

los asuntos de Delmore, sucedió que una mañana al volver de casa de su agente, su cochero pasando por una calle angosta atropelló á una pobre muger, que quedó gravemente herida: mandó inmediatamente parar el coche, le hizo entrar en una tienda y le dió cuanto dinero llevaba encima; pero viendo que se iban amontonando gentes, dijo al cochero que volviese á andar y se apartó rapidamente de aquel sitio. El dia siguiente acertó á pasar à pie por aquella misma calle, conoció la tienda y se entró à informarse de la pobre muger. Tiene una herida de bastante consideracion en la pierna, respondiò la tendera; pero como por ventura se hallaba entonces en mi tienda una señorita muy caritativa, que ayudada de su criada tomó á su cargo el curarsela..... = ¿ Como ? = Si señor: hizo que la entraran en una pieza interior, y luego con su pañuelo y el de la

criada hizo hilas y vendas. . . . = ¿ Sa-
 be vd. como se llama esta señorita?
 = Hermina de Velmare y es de u-
 na casa muy distinguida. = ¡ Valga-
 me Dios! = ¡ Vd. la conoce! ¿ No es
 verdad que es un angel? ¡ Si vd.
 hubiera visto con que destreza cu-
 raba á esta pobre infeliz! Parecia
 una hermana de la caridad. . . . Lue-
 go la hizo entrar en el coche y la lle-
 vó á su casa. = A su casa! = Si señor;
 aqui cerca al ultimo de la calle, al
 lado del peluquero. = ¡ Esta muger
 vive aqui cerca! pues voy á ver co-
 mo se halla esta mañana. Al decir
 estas palabras, Armando sale apre-
 surado de la tienda llevándose un
 mancebo para guiarle á la habitacion
 de la pobre muger: entra por un
 corredor estrecho en una malísima
 casa, sube sin detenerse hasta el
 cuarto piso, cuya puerta abre con
 solo empujarla; penetra mas dentro,
 y descubre al fin el cuarto de la en-
 ferma, al lado de cuya cama advier-

te á dos mugeres con un Cirujano, ocupados los tres en curarla. Estas mugeres, que eran Hermina y su criada, se volvieron á ver quien entraba, y la primera no pudo disimular un leve movimiento de sorpresa que le causó la repentina llegada de Armando. No podia decirse que Hermina fuese precisamente hermosa, pero tenia aquella frescura propia de la juventud y de la inocencia, y una fisonomia que expresaba el candor y la sensibilidad.... ¡Cuan hermosa pareció á los ojos de Armando!.... Este habia visto tantas mugeres bonitas rodeadas de magníficos espejos, de preciosos muebles y de suntuosos cortinages, ensayar en ricos canapés de terciopelo, la actitud mas favorable para hacer resaltar su hermosura.... ¡Pero Hermina en aquel desván, junto á aquel miserable lecho, sosteniendo entre sus brazos á aquella infeliz, borraba de su imaginacion todas es-

tas frívolas imágenes. Que gracia angelical comunicaban á su actitud la dulce compasion y la humanidad!.. ¡Y que contraste tan interesante formaba al mismo tiempo la delicadeza y blancura de su téz, con el rostro ajado y descolorido de la desventurada que descansaba en sus tiernos y poco robustos brazos! Armando experimentaba una sensacion tan nueva para él, y al mismo tiempo tan profunda y deliciosa, que no fué capáz en aquel momento de explicar el motivo de su vista: contemplaba en aquel ente tan interesante, que la naturaleza no formó tan débil, delicado y sensible, sino para amar y consolar. El Criador cuando le dió el ser, depositó en él la dulzura la piedad y la beneficencia, para indemnizarle de la fuerza con que dotò exclusivamente al hombre. Armando pasó adelante sin aquella turbacion, ni aquella alteracion que suele inspirar

la primera vista de un objeto encantador, pero experimentaba una sensacion deliciosa, como la que causaria sin duda una aparicion celestial: confesó sencillamente y con sensibilidad, que su cochero era el autor de la desgracia de esta pobre muger; añadiendo que habia venido con el objeto de ofrecerle su asistencia, de la que, segun iba viendolo y con gusto, no necesitaba en aquel momento. Durante esta explicacion Hermina se puso colorada, lo que la hizo parecer mas bonita; pero Armando á pesar de estar acostumbrado á alabar escesivamente á las mugeres, se abstuvo de hacerle el mas pequeño elogio, porque conoció claramente que para ganar su voluntad, no convenia exaltar un acto de esta naturaleza, hecho con tanto sigilo y sencilléz. Se celebra por lo comun un dicho agudo, se aplaude con delirio un *padedis*, ò una *aria italiana*; mas una accion com-

pasiva y virtuosa produce una sensacion duradera y no un entusiasmo afectado: todos procuran disimular la admiracion que les causa, por no dar á conocer la imposibilidad en que se hallan de saberla apreciar; pero una alma noble le tributa su admiracion sin estrañarla.

Terminada la curacion Hermina, mientras volvia su madre, se sentò en una silla algo separada de la cama de la enferma, y la conversacion se entablò entre ella, Armando y el Cirujano. Hermina habló poco, però con tal gracia y modèstia, que dejó al primero embelesado. Al cabo de media hora se oyó el ruido de un coche que paraba en la calle y asomándose Hermina á la ventana, viò que era el de su madre, con cuyo motivo se levantó, hizo una cortesia y se retiró, dejando Armando tan estàtico y pensativo, que estuvo un gran rato sin poder quitar los ojos de la puerta.

por donde habia salido: volvió al fin en si, y acercándose á la enferma para preguntarle su nombre, supo que se llamaba Madalena. ¿Estais casada? Añadiò él. = Soy viuda y tengo dos hijos de tierna edad. = ¿En donde están? = En casa de la vecina; però volverán esta noche. = ¿En que os ocupais? = En coser; pero como el trabajo escaséa tanto, yá debia tres meses de alquiler de esta habitacion, que no hubiera podido pagar sin la generosa asistencia de vd. y de esta caritativa señora. = En quanto á mi, es obligacion precisa el asistiros.... ¿Peró la hija de la Marquesa de Velmare? = ¡ Ah señor! ¡ Si vd. supiera cuan buena es! Al oir esta exclamacion los ojos de Armando se llenaron de lágrimas, y su corazon experimentó en aquel momento una particular benevolencia á favor de Madalena. Pobre Madalena! le dijo con cariño, no tengais cuidado: pensad so-

lo en restableceros, pués que no tendreis yá que trabajar para subsistir: ahí va el primer tercio de una renta vitalicia de seis cientos francos anuales que corre desde hoy á favor vuestro. Al acabar Armando estas palabras, dejó el dinero sobre la cama de la afortunada Madalena, y se marchó sin darle tiempo de manifestarle su gratitud y regocijo. Pasó desde allí à pedir informes de esta muger á los inquilinos de la misma casa, y siendole todos favorables, ajustó una enfermera para asistirla, avisando que volveria á verla el dia siguiente, como en efecto lo verificó: repitió despues diariamente esta visita con la esperanza de volver á encontrarse con Hermina; però esta no volvió mas, contentándose con enviar frecuentes recados á casa de la enferma para informarse de su salud. Luego que Madalena estuvo del todo convalecida, Armando le propuso si que-

ria ir con sus hijos à vivir en su casa; y esta pobre muger que con esto veía logrado cuanto podia desear, admitió gustosa la oferta, pasando sin demora á establecerse en casa de su protector, en donde ocupó una habitacioncita muy linda que este habia mandado preparar para ella. El dia mismo de su traslacion, Armando quiso que pasase á dar gracias á Hermina de Velmare, y Madalena, que no deseaba otra cosa, obedeció gustosa. Hermina la recibió con mucho agrado, la visita fué larga y Madalena ponderò con tanto entusiasmo su dicha, que su relacion fué oida con muestras de enternecimiento: á la vuelta tuvo que contestar á las innumerables preguntas de Armando que duraron mas de una hora.

El caballero Delmore salió por fin del Fuerte del Obispo, y Armando no pudiendo pretestar los asuntos de su cuñado para dejar de

visitar à la Baronesa de Urzelles, se viò precisado à concurrir nuevamente en su casa; però esta vez no viò á Aglaé con los mismos ojos que antes: le pareció que hablaba mucho y con poco comedimiento; que no se producía con aquel recato que sienta tan bien á una joven, y la espresion de su semblante le disgustò. ¡ Tenía presente aquel mirar tan modesto y tan dulce, aquel exterior tan noble y mesurado, aquel metal de voz tan interesante de Hermina!..... Y el que llegue á comparar los fingidos halágos de la coquetería con las gracias ingénuas y naturales de la inocencia y de la virtud unidas á la sencillez; ¿ como podrá titubear en su eleccion? ... Armando se retirò de la tertulia de la Baronesa diciendo entre sí: « esta joven nunca será mi esposa. »

Armando tenía particular intimidad con el Vizconde de Ramilly, sugeto de mucho talento y *Enciclo-*

pedista (1), però muy comedido en sus palabras y moderado en sus opiniones, porque tenia mucho tino y mucho mundo. Como el Vizconde se trataba amistosamente con el Marqués de Velmare de quien era pariente, Armando le manifestò los vivísimos deséos que tenia de ser introducido en aquella casa, y le pidiò con instancia le hiciese el favor de presentarle. Pués como! dijo el Vizconde, ¿estàs acaso enamorado? = Por ahora no lo creo, però quiero volverme á casar. = ¿Y la de Urzelles? = Ya no pienso en esto: ni ella es pera mi, ni yo para ella. = Sin embargo es agraciada, tiene muchas habilidades sobresalientes, mucha imaginacion y un talento sumamente despejado. = Però vamos, Vizconde, sé ingénuo; ¿son estas las prendas que deben determinar la eleccion de una esposa? ¿Quieres que te ha-

(1) De la secta de Diderot y D. Alembert

ble con toda franqueza? Empiezan ya á fastidiarme las mugeres vivas, brillantes y apasionadas; y me atrevo á vaticinar que antes de poco dejarán de ser de moda, porque el rumbo que han tomado y el papel que, de algunos años á esta parte, hacen en la sociedad, en las comedias y en las novelas, de ningun modo puede convenir con su delicadeza física y moral: la verdadera grandeza de ánimo de este sexo consiste en una virtuosa firmeza para seguir con perseverancia la senda dictada por el deber; y estas mugeres *fogosas* que descuidan su familia y sus propios hijos para dedicarse enteramente á sus amigos, carecen à un tiempo de razon y de gusto: se parecen à aquellos males operistas, que desafinan porque quieren cantar mas alto de lo que pueden. = ¿Segun esto quieres una inocentita? = Lo que quiero es una jóven de buen génio, juiciosa, mo-

desta y benéfica: ¿dime, no tengo el gusto bien *depravado*, ò por lo menos bien extraño? = Vamos, yá está visto; te casarás con Hermina de Velmare con todo estoy viendo un grande obstáculo á la realizacion de este proyecto; y es que la Marquesa está resuelta á no consentir jamás en que su hija case con un Filósofo. = Pero no creo que mi Filosofía tenga bastante celebridad para desacreditarme con ella. = ¿Como que nó? Las beatas conocen de reputacion á todos los Filòsofos de la sociedad; y en el caso de que la Marquesa ignore tus opiniones, procurará indagarlas luego que pretendas la mano de su hija. = Es verdad, y esta reflexion me aflige. = Con todo discurro que podrá haber un medio. = ¿Y cual es? = El de persuadirle que cediendo á la fuerza de sus razones y de su exemplo, haces abjuracion de la Flosofía. = Para esto seria preciso que ella emprendiese mi

conversion. = Y será cabalmente lo que hará si le demuestras alguna confianza y consigues inspirarle algun interés. ¿Que beata hay que no procure hacer conversiones? Es una ocasion oportuna de ejercer el imperio de la seduccion. = ¡Peró engañar!... = Amigo mio: tu que has tenido mucho partido con las mugeres, ¿dime si es posible agradarlas sin engañarlas? = Sea como fuere preséntame, y luego veremos.

Tres ó quatro dias despues de esta conversacion, el vizconde llevó Armando á casa de los Marqueses de Velmare de quienes habia obtenido antes permiso para presentarselo. Aunque esta primera visita no fué larga, Armando no pudo menos de quedar satisfecho, pues la Marquesa le recibió con mucho agasajo, y su hija al verle entrar se puso colorada. A los dos dias hizo su segunda visita que durò mas que la primera, y quando los tertulianos empezaban á

retirarse, se acercó á la dueña de casa y se sentó á su lado: esta se informó al momento de Madalena, acompañando esta pregunta de una mirada tan dulce y afectuosa, que valia por un elogio; así es que Armando inclinó desde luego la cabeza en señal de agradecerlo; pero conociendo á poco rato que esta especie de demostracion de agradecimiento no venia al caso, se cortó y los colores se le subieron á la cara. La Marquesa, que no perdía su rostro de vista un instante, se sonrió y le dijo: me gusta mucho que entiendan y respondan á mi pensamiento; esta facilidad de adivinarlo hará que muy presto seamos amigos. = Ah señora! respondió Armando; ¡ojalá tuviese vd. en este momento la penetracion que me supone! . . . Confieso que algunas veces pudiera darme que rezelar, pero las mas de ellas la ventaja seria de mi parte. Esta respuesta pareció agradar

á la Marquesa, y un cuarto de hora despues cuando Armando iba á levantarse para retirarse, le detuvieron para que se quedara á cenar.

La Marquesa de Velmare no fué aquel verano al campo, á causa de unos asuntos interesantes que no permitieron á su marido ausentarse de Paris, como lo acostumbraba cada año; y esta circunstancia proporcionó á Armando el poder concurrir con mucha frecuencia en aquella casa, en donde se le recibia siempre con el mayor agrado. Dos meses despues sabiendo que el Vizconde acababa de llegar de una quinta en donde habia estado una temporada, pasó á darle cuenta de sus progresos. Que tal, amigo, le dijo este, estás enamorado ahora? La inclinacion que tenia à Hermina, respondió Armando, ni ha aumentado, ni disminuido, porque lo mismo la conozco ahora que antes; pero el poco conocimiento que de ella tengo, me bas-

ta para estar cierto de que hará feliz al que llegue á ser su esposo. No se la ve en la tertulia hasta cosa de una hora antes de cenar, siempre al lado de su madre, y aun entonces ó no habla, ó dice muy pocas palabras y tan solo aquellas precisas para corresponder á los cumplidos que exige la buena educacion: ocupada siempre en bordar, ó en cuales quiera otra labor, á penas parece que atiende á la conversacion: al levantarse de la mesa se retira para ir á acostarse, con lo que ya ves cuan difícil es que haya podido hacerme cargo de su talento. = Hè aqui cabalmente lo que quieren aquellas madres empeñadas en no separarse del método antiguo. Estas hijas *mudas* no producen efecto alguno en la sociedad, y con esto imaginan librarlas de la seduccion y de la lisonja....¿Peró que te ha parecido la Marquesa de Velmare? = Tiene talento y es amable, y si he de decir la verdad,

tenia formada una idea muy distinta de la casa de una beata: jamás hubiera creído que una sociedad como esta pudiese tener para mí tanto atractivo.... = Se murmura allí como en otras partes. = No amigo, mucho menos, y la señora de la casa, nunca; cuando no puede cortar esta clase de conversaciones, calla, ó bien defiende á los ausentes. = Persuádete que al fin y al cabo su devocion es un sistéma. = No por cierto; esta muger se crée de buena fé. = ¿Muger de buena fé y beata en el siglo decimo octavo? Es imposible. = Y añade á esto, desde la publicacion de la Enciclopèdia.

El resultado de esta conversacion fué que el Vizconde, que marchaba de allí á dos dias, pasaria aquella misma noche á casa de los Marqueses de Velmare, para pedir con toda formalidad la mano de Hermina para Armando. Esta proposicion fué oida con calma y se pi-

dió algun tiempo para reflexionar sobre ella, lo que hizo concebir al pretendiente las mayores esperanzas. El dia siguiente fué volando á casa de Velmare y encontrò à la Marquesa sola, que luego que le avistó, dió la orden terminante de no dejar entrar á nadie mas; circunstancia que no podia menos de indicar una esplicacion. En efecto la Marquesa, tomando al momento la palabra, declaró con franqueza que de cuantos casamientos se habian proporcionado hasta aquí á su hija, ninguno le habia acomodado tanto, y por todos términos, como el de Armando; á excepcion, sin embargo, de un punto solo.... No tan solamente quiero evitar, añadió luego, que al marido de mi hija se le antoje quitarle los excelentes principios en que la hè criado, si que tambien pretendo que abraze todas sus opiniones. Sé muy bien cual es la de vd., y que vd. no tiene religion.

..= Lo confieso , señora , respondió Armando , pero esta falta , que vd. me echa en cara , mas bien debe atribuirse á indolencia , que á una opinion premeditada. . . . Así lo creo , interrumpió la Marquesa , porque ninguna persona bien inclinada es irreligiosa sino por falta de reflexion , ó por ignorancia. Vd. no ha leído sinó libros que atacan la religion. . . . Si se le probase à vd. con evidencia que todos los discursos y razonamientos que hasta ahora le han seducido , no son mas que un compuesto de mentiras , de miserables sofismas y de odiosas calumnias ; ¿ que haria vd. ? Al oír esta pregunta hecha con vehemencia , Armando estuvo para reirse de la buena fé con que intentaba la Marquesa emprender su conversion ; pero logró contenerse , y contestó muy sério , que abjuraria sus opiniones en el momento mismo en que se le dejase convencido de su falsedad. Sobre es-

to la Marquesa se levantó para ir á buscar dos tomos muy abultados (*las cartas de algunos judios*) (1) y se los entregó diciendole : esta excelente obra no le fastidiará á vd. ; leala vd. por ahora y luego le dejaré otras. Volvió en seguida á sentarse , revocó la orden de no dejar entrar á nadie , vinieron algunas gentes , y el pobre Armando se vió al fin libre de una conferencia que le tenia mortificadisimo.

Como el Marqués de Velmare habia sido embajador , con este motivo concurrían en su casa muchos extranjeros , y aquella noche cabalmente vinieron dos de bastante edad el uno Alemán y el otro Inglés ; el último era un literato de mucha fama pero que no sabia una palabra de francés ; y el otro aunque algo mas versado en este idioma , lo hablaba

(1) Obra escrita á favor de la religion impugnando los principios de Voltaire.

muy mal. A la cena el Marqués mandó á su hija que se sentára entre estos dos ancianos, y Armando algo desconcertado con esta inesperada disposicion, se colocó al lado del Inglés para estar mas inmediato á Hermina, y tambien para conversar con un hombre de talento cuyo idioma poseia.

Despues de un rato de estar en la mesa, Armando notò con admiracion que la silenciosa Hermina estaba en conversacion muy seguida con el Baron Alemán. Ola! exclamó él, ¿creo que esta señorita habla el Alemán? Si señor, respondió el otro anciano, y tan perfectamente como el Inglés; y al decir esto dirigió la palabra á Hermina, poniendola de esta suerte en la precision de volverse hácia él: en aquel momento sus ojos se encontraron con los de Armando, lo que la hizo poner algun tanto colorada, pero no por esto dejó de proseguir hablando al

Inglés en su idioma con mucho despejo, talento y gracia. Estaba allí colocada para obsequiar á los dos extranjeros que no podian participar de la conversacion general, y habló mientras durò la cena en Alemàn á su derecha y en Inglés à su izquierda, sin separarse un momento de aquella modestia que le era natural, pero sin la menor cortedad. Este descubrimiento hechizó á Armando porque conoció que Hermina à mas de tener mucha penetracion, era instruida y de génio alegre: ¡Hermina en una palabra era un conjunto de perfecciones!... Al levantarse de la mesa, Armando se le acercó y le dijo: señorita, ¡cuan afortunado seria yo, si su padre de vd. tuviese la bondad de mandarle que me hablase en Francés! ¡Oh! replicó Hermina, no hablaría tan segura en mi propio idioma, porque no podria prometerme tanta tolerancia; y al decir esto se retirò

sin dar tiempo à Armando de responderla. Este en lo restante de la noche no se separò un momento del lado del Inglés, á fin de poder hablar continuamente de Hermina, cuyo elogio repitiò mil veces, y de quien se habia enamorado realmente en esta ultima visita. Volvió el dia siguiente y habló con entusiasmo de Hermina à su misma madre. No debe vd. prometerse muchos descubrimientos de esta clase, dijo la Marquesa; mi hija tiene memoria é inteligencia, su entendimiento ha sido cultivado, y habiéndola la naturaleza dotado de una voz armoniosa, quise que aprendiese á cantar; pero como no tenia aficion à los instrumentos, creí no deber violentar su inclinacion obligándola à dedicarse à una cosa de mero agrado: sabe acompañarse un poco con el piano, pero no es capaz de tocarlo en un concierto: tan poco sabe baylar, y aunque dibuja bien,

no pinta sino flores; pero está muy instruida en lo que debe saber una muger, y tiene todas las habilidades que corresponden á su sexo. Es capáz de gobernar una casa por grande que sea, como tambien de cuidar de una hacienda, ó de un cortijo. Enfin puedo asegurar á vd. que es buena, generosa y econòmica; que sus gustos son sencillos, sus inclinaciones virtuosas, y que tiene mucho juicio. Ah señora! Esclamó Armando, ¡ con que atencion voy á leer *las cartas de unos Judios*.

Armando decia una mentira, porque aunque hubiese oido hablar y tuviese alguna noticia del asunto de esta obra, estaba muy determinado á no tomarse el trabajo de leer un libro tan abultado; pero entretanto para tener con quien hablar á todas horas de Hermina, en ausencia del Vizconde que se habia marchado, elogió por confidente á su cuñado Delmore. No es creible, le

dijo este, que una persona de talento pueda imaginar que la lectura de algunos libros sea suficiente para hacer variar de opinion á un hombre de tu edad.=Esta sencillez prueba su buena fé y cuan persuadida está de la fuerza de sus argumentos religiosos. Además las mugeres de nada desconfian, y siempre miran como posible lo que desean con empeño.=Será regular no dilates mucho tu conversacion, y si es cierto que Hermina tenga tanto merito como quieres suponerlo, *la gracia eficaz* bien presto triunfará.= Si me diera luego por vencido, no me creerian; pero en pasando algunos dias devolveré los libros, y daré á entender que empiezo á vacilar....=Lo que me espanta, es, que me ha declarado que tendré que leer otros.=Será muy probable no te dé su hija, hasta que hayas apurado su bibliotéca.=Y si me deja libros cuyos titulos me sean desconocidos,

tendrè que ojearlos para poder à lo menos dar superficialmente razon de su contenido. = Que los léa tu secretario. = Excelente idea; voy á aprovecharme de ella. = Sí; però si por desgracia en este plan de lectura van comprendidos media docena de enfolios, la boda no se verificará tan presto; aunque con todo es de presumir, que desempeñando bien tu papel se te acorte el noviciado. = Confieso que este papel me repugna muchísimo, porque la Marquesa me demuestra tanto cariño que. . . = Seria muy particular que los dos os engañaseis; una mozigata y un Filòsofo engañándose mutuamente; ¡que paso tan divertido! = La Marquesa no es hipócrita, ni tan poco afectada. = Bah! todas las beatas son falsas. . . = Yà se vé; segun el sistéma generalmante adoptado de que todo beato debe precisamente ser hipócrita; pero una muger. . . = Ah! si: las mugeres no saben fin-

gir.... = Saben acomodarse á todas las situaciones; pero son incápaces de conservar mucho tiempo aquellas que no les son naturales; suelen ser artificiosas, pero casi nunca son hipócritas. Armando sostenia con razon que la Marquesa no lo era; y en efecto la franqueza y la confianza formaban la base principal de su carácter: estaba tan convencida de las verdades de la religion, que le parecia imposible no hiciesen fuerza á un sugeto de talento, de buena fé, ó deseoso de instruirse; así es que cuando Armando le devolvió sus libros, creyó sin dificultad cuanto quiso decirle, y su conversion le pareció tan adelantada, que se contentó con exigirle la palabra de leer aun los *Pensamientos de Pascal* y las *obras de Bossuet*; á lo que él accedió muy gustoso. Entregó estos libros á su secretario para que los ojeára y le hiciera un corto extracto, que aprendió de memoria, y

al cabo de un mes pasó à devolverlos personalmente á la Marquesa, asegurandola que habia estado leyendo dia y noche; que quedaba enteramente convencido; que abjuraba una falsa filosofía cuyos errores le demostraban con tanta evidencia estos escritos, enseñandole al mismo tiempo á despreciar sus perniciosas máximas; y que enfin de aquel dia en adelante su nueva creencia seria la norma de su conducta y de su vida entera. La Marquesa llena de júbilo y muy ufana, se enterneció y abrazandole con entusiasmo, le dijo: Hermina ya es de vd. Armando, apesar de su excesivo gozo, no pudo oir sin un secreto remordimiento estas tan deseadas palabras, porque su corazon le afeaba vivamente una hipocresía que la confianza y la amistad que acababa de experimentar hacian realmente reprehensible.

El Marques de Velmare dió gus-

oso su consentimiento y Hermina dejó ver toda la satisfacción que su modestia era capaz de dejar traslucir. El día de la boda fué aplazado, y entretanto el dichoso Armando tuvo permiso para embiar todos los días ramilletes de flores á su adorada Hermina y para sentarse por la noche á su lado. En sus conversaciones jamás se oyó la palabra *amor*, porque Armando hubiera creído, con solo pronunciarla, profanar aquel afecto tan puro que experimentaba, y una sensación tan nueva exigia un nuevo modo de espresarla. Esta moderacion le grangeó muy presto la confianza entera de Hermina: ¡ con que delicia leía en su inocente corazón!... Quedó acordado, por fin, que los novios y la Marquesa con toda la familia (á escepcion del Marqués, que yá se dijo no podia ausentarse,) irian á pasar lo restante del verano en una quinta de los señores de Velmare. ¡ Que deliciosa fuè para

Armando aquella temporada! Y el modo con que Hermina ponderaba los placeres que habia disfrutado en ella, hacia el elogio mas completo de su excelente modo de pensar y de su carácter. Armando hallaba por otra parte en sus conversaciones una delicia sin igual y la certeza de un dichoso porvenir.

¡Llegó, al fin, aquel dia tan deseado! El primero de Setiembre Armando recibió la mano de Hermina, é inmediatamente despues de la ceremónia las dos familias salieron para el Limosin (1) en donde devian pasar dos meses.

Armando no tenia seguramente el proyecto de hacer de Hermina una muger despreocupada; conocia muy bien que si llegaba á efectuarse esta transformacion, iria perdiendo sus gracias á medida que se iria desprendiendo de sus buenos principios;

(1) Provincia de Francia llamada en el dia Departamento de la Alta Viena.

pero deseaba quitarle poco á poco su austeridad, y hacerle tomar gusto á las brillantes diversiones de la sociedad: la vanidad misma y el amor le afirmaban en esta resolucion. Hermina, pensaba él, tiene tan buen cuerpo y tan bella presencia, que es lastima no sepa baylar, pero con unas cuantas lecciones que tome, estará luego en disposicion de lucir en un bayle, y aun quizá de eclipsar á las mugeres mas bonitas! Hermina vista de dia es para deslumbrar á cualquiera; pero de noche no dà tanto golpe, y cuan fácil seria remediar este defecto!.... En fuerza de estas reflexiones, Armando se propuso emprender á la vuelta del campo estas y otras leves correcciones que aun meditaba.

Con todo á pesar de la austeridad de la madre y de la hija, el otoño pasò tan deliciosamente para Armando, que cuando llegó la época de volver à Paris, el mismo se

empeñó en retardarla hasta fines de
 Novbre. El dia mismo de su regre-
 so á aquella capital, su cuñado Del-
 more vino à verle y empezó á hacerle
 mil preguntas. Estàs por fin en tu ca-
 sa, le dijo, y libre yà del ojo observa-
 dor y severo de la Marquesa, podràs
 disponer mas à tu gusto de tu muger
 y quitarle facilmente aquella excesi-
 va austeridad tan impropia en una
 persona de su edad. En efecto, re-
 plicó Armando, este es mi proyec-
 to, mas, sin embargo, no quisiera
 que perdiese toda su piedad, y te-
 mo quitarsela enteramente si inten-
 to modificarla. Las mugeres en to-
 do son estremadas. . . . = ¿ Pero á lo-
 menos dejarás de violentarte aban-
 donando el papel de beato que has-
 ta ahora has fingido? = Es cierto que
 esta violencia es bantante molesta,
 pero con todo me será muy difi-
 cil renunciar al papel de hipócri-
 ta. Hermina está convencida de mi
 buena fé, y todo se perderia si tuvie-

se yo la imprudencia de confesarle que engañé à su madre: crée, amigo, que en este caso sus preocupaciones harian que me mirase como un monstruo. = ¿Entonces pues será preciso que vuelvas á caer en tus primitivos errores? = ¡Pero sería tanta su afliccion!... = ¿Con esto, héte aqui hecho un hipocriton por el resto de tu vida? ¿Y que diràn los filósofos? = Lo que quieran; á mi que me importa? = ¿Sabes que estoy por creer que eres desertor de la filosofía y que estás interiormente convertido à la religion? = Ojalà! pues entonces pensaria como Hermína, y no tendria yà que disimular con ella.

A pocos dias de haber llegado Armando à Paris, se le participó la boda de la hija de la Baronesa de Urzelles, aquella Aglaé con quien habia estado para casarse. Con motivo de ser esta jòven algo parienta de la Marquesa de Velmare, vi-

no algunas veces á visitarla sin dar muestra alguna de resentimiento; porqué es el afecto del ánimo que mas se sabe disimular en el trato social, y la vanidad misma que lo hizo nacer, dicta los medios de ocultarlo. Aglaé se demostrò muy cariñosa con Hermina: pero Armando no quiso que su muger contra-gese amistad con ella.

Entretanto Armando contempla-ba con admiracion el buen orden y el arreglo que Hermina introducía en su casa, y al acordarse la prodigalidad de su primera esposa, no podia menos de quedar pasma-do del poco gasto que hacia la se-gunda. Decia entonces consigo á so-las: si procuro vencer los escrú-pulos de Hermina que no la de-ñan ir á los bailes, ni á los teatros, se aficionará muy presto á las mo-das, y me espongo á que luego se me vuelva coqueta como su an-tesesora que tan desgraciado me

hizo: á la verdad está tan bien inclinada que, en mi concepto, es incapáz de semejante extravío; pero, ¿porque me he de empeñar en destruir los principios que la guardan de caer en él? ... ¿No vale mas dejarselos con toda su rigorismo? .. Hermina es tan pura, tan sosegada y tan jovial, y es tanta la dicha que gozo con ella, que la mas leve mudanza en su carácter fuera capáz de hacerme desgraciado: ademas en el caso de poder lograr alguna variacion en su conducta, seria preciso ocultarla á su madre, y entonces Hermina tendria que acostumbrarse á mentir, à engañar; ¿y yo habia de ser el imprudente que tales lecciones le diera? ... Nó, no; dejemosla conforme está.... ¿Pero como haré para llevar adelante este papel de hipócrita que tan ridiculo me hace á los ojos agenos y tan despreciable á los míos? ... Ah! que no pueda yo adoptar su creen-

cia y sus preocupaciones!... Apoyado entonces en el testimonio interior de mi conciencia, arrostràra con facilidad la opinion del mundo entero.

Estas reflexiones le tenian inquieto y turbaban en parte su felicidad: no sabia que determinacion tomar, ni como salir de esta incertidumbre. Entretanto acompañaba casi siempre Hermina á la iglesia; oyò varias veces predicar al famoso Padre Eliseo, y estrañò el poder oir sin fastidio un sermon entero: conociò que la aficion á la literatura puede en ciertas ocasiones excitarla para varios objetos relativos à la religion: comprendió enfin que podria leer con gusto nuestros elocuentes oradores religiosos. El ultimo sermon que oyò, que tenia por texto la hipocresía, agitó de tal manera su espiritu y su corazon por la aplicacion que se hizo á sí mismo de la mayor parte de las citaciones, que salió de la iglesia

con una tristeza que no pudo disimular.

Una mañana estando solo con su muger, trajeron á esta una porcion de libros magnificamente encuadernados, y preguntando Armando lo que eran; es, respondiò Hermina, la bibliotéca que quiero colocar en mi gabinete: «léelos titulos de estas obras:» *Las Cartas de algunos Judios; Los Pensamientos de Pascal; Las Obras de Bossuet*: estos libros, prosiguió ella, tienen doble mérito para mi; son los que mi madre te prestó, á los cuales debo tu conversion y la dicha de ser tuya... Hermina dijo estas palabras, con una expresion y una ingenuidad que penetraron el corazon de Armando. Querida Hermina, respondiò él, quiero leerlos de nuevo y hoy mismo empezaré. Esta vez cumplió su palabra; leyó no solamente sin preocupacion contraria; sino tambien con el deseo de quedar persuadido;

como sus pasiones no luchaban ya contra la verdad, todas sus inclinaciones y los mas tiernos afectos de su corazon estaban en perfecta harmonia con sus deberes: leyò cosas sublimes que su alma y su talento eran capaces de apreciar, y esta sola lectura bastò á convencerle tanto mas sòlidamente, quanto que le quedaban aún por leer, además de los libros santos, una multitud de obras admirables que posteriormente acabaron de confirmarle en su creencia. Entonces fué cuando Armando pudo llamarse verdaderamente feliz, y su amor á su muger fué ereciendo al paso que se fué arraigando mas en la virtud.

Mientras que la amable Hermina disfrutaba en el seno de su familia de la dicha mas pura y apetecible, Aglaé de Urzelles casada con el marqués de L*** discurria con lucimiento por la corta y penosa carrera de muger á la moda, sin sa-

car otra ventaja de una continua disipacion, que no lograba ya divertirla y de la cual sin embargo no sabia abstenerse, que la de ver sus facciones desmejoradas antes de tiempo y su salud casi enteramente perdida. Hay cierta incomodidad que para las coquetas es una verdadera y sensibilisima desgracia; que no puede remediarse, que ninguna filosofia basta á hacer tolerable, ni es posible se disimulen asi mismas por mas que quieran hacerse ilusion; es en una palabra la de tener la cara barrosa. Se ha notado en general que las personas aficionadas á estudiar de noche, y las que experimentan alguna pesadumbre, adolecen menos de este mal que las apasionadas al bayle y dominadas de aquellas pasiones aparentes y bulliciosas que engendra la coqueteria; enfin grandes filósofos (y entre ellos Fontenelle) han observado que à la mayor parte de las coquetas

envidiosas, (¿y que coqueta habrá que no lo sea?) se les pone la nariz colorada antes que lleguen á los treinta y cuatro años. La infeliz Aglaé se halló en este caso y lo sintió con tal extremo; que esta circunstancia contribuyó mucho à alterar su genio: no se le ocultaron desde luego las fatales consecuencias que debia tener una desgracia de esta naturaleza; conocio que su figura no podria ser citada como antes, y que deberia desterrar de su tocador el color de rosa y otros tiernos y delicados por este estílo.... ¡Y cuan sensible es el tener que trocar repentinamente los trajes y galas propias de la primera juventud, por los que corresponden á mugeres de cuarenta años...! Con todo era preciso reconcentrar unas penas tan crueles, mirarse tres ò cuatro veces cada dia en un espejo, verse fea y recibir con semblante alegre en el tocador las visitas de unos a-

pasionados antiguos, que en el dia no podian celebrar otra cosa mas que las gracias y la finura del talento; especie de admiracion sumamente fria é incómoda por su precocidad, cuando se obtiene á los veinte y cinco años, sin oir ponderar al mismo tiempo la belleza y la figura de aquella à quien se tributa: Aglaé enfin se encontraba alguna vez con Hermina, que á pesar de tener un año mas que ella, parecia mas joven y mas bonita. A estos poderosos motivos de afliccion se agregaban ciertas pequeñas contrariedades que acababan de exasperarla. Tenia acreedores que la molestaban, y un marido que, en su concepto, era un necio, un raro que no podia aguantarse: estaba muy quejosa, y con fundado motivo, *del objeto actual* de su inclinacion, y casi reñida con sus padres. Este conjunto de circunstancias se oponia à su satisfaccion interior, però procura-

ba consolarse entregandose á la dissipacion y á la gloria; porque la gloria no se desdeñaba (á lo menos en la opinion de ciertas gentes) de coronar no solamente los aplausos obtenidos en la sociedad, si que tambien la presuncion de los que creian merecerlos. *El amor de la gloria* no hacia muchos héroes, pero tenia á todos desatinados. Cada uno ya (á menos de ser un verdadero mentecato) poseia en su pequeña tertulia *su coronita de laureles* y cada persona sensible colgaba ya este trofeo sobre la tumba de un *amigo*. Aglaé arrebatada de este entusiasmo, puso todo su conato en adquirir una reputacion brillante, empleando á este fin todos los medios conocidos, sin omitir ninguno. Se hacian *lecturas* en su casa en donde acudian á porfia los extranjeros mas distinguidos. Daba bayles, cenas suntuosas y conciertos en los cuales cantaba con voz débil y á veces disonante; pero to-

dos celebraban con tanto extremo su buen gusto y espresion, que al cabo de muy poco tiempo Aglaé llegó á ser la muger mas nombrada de la corte. La revolucion del año de 1789 vino à trastornar este brillante edificio de gloria: vieronse nacer de repente reputaciones de otra clase; todo lo que hasta entonces habia estado en auge, quedó aniquilado ò arruinado; la gloria fue el lote esclusivo de la novedad: las habilidades imaginarias ó verdaderas *del antiguo regimen* perdieron todo su lucimiento y fueron sinò abolidas, à lo menos despreciadas como los derechos feudales y los titulos de nobleza. Aglaé y su marido salieron precipitadamente de Francia al principio de la revolucion y pasaron á Coblantz (1) en donde gastaron en siete ù ocho meses los pocos cau-

(1) Ciudad del Electorado de Treberis en donde los Principes franceses hicieron la primera reunion de emigrados.

dales que habian podido llevar. Aglaé creyò entonces hallar un recurso inmenso en la venta de sus joyas; però como habia ido trocando succesivamente los diamantes que se le habian dado el dia de la boda, valuados en ocho mil duros, por frioleras de moda; sus collares de acero y de pequeñisimas perlas, sus sortijas, medallones y manillas de pelo, no pudieron proporcionarle mas que una corta cantidad, á penas suficiente para hacerla subsistir tres ó cuatro meses. Su marido procuró consolarla diciendole que con sus muchas y sobresalientes habilidades, no debia pasar cuidado alguno para lo succesivo. En la situacion en que nos hallamos, añadió él, debemos prescindir de toda preocupacion; todo el mundo conviene en que cantes mejor que la *Todi*, que tocas el forte piano à la perfeccion, y que eres maestra en el pintar: con esto sobra pa-

ra salir de cualquier apuro, y solo falta trasladarnos á una capital en donde sepan apreciar el mérito. En seguida de estas reflexiones determinaron salir para Londres y lo verificaron sin tardanza. Aglaè no tenia la mayor seguridad de sobre salir en la pintura, y sabia muy bien que por sí sola no era capaz de producir un cuadro regular, però confiaba mucho en sus demas habilidades, porque aun se acordaba del entusiasmo que en otro tiempo habia exitado en su salon de música: però esta ilusion muy presto se disipó, pues tuvo la mortificacion de ser silvada completamente en un concierto público en que quiso cantar y tocar del piano. Creyò de buena fé que solo los Franceses tenian gusto; però el chasco era terrible, ¿y como habia de subsistir sin dinero, sin habilidad y sin industria? Víctima del orgullo y de la disipacion, la infeliz sucumbió

bajo el peso de sus infortunios y murió de la consuncion quatro años despues de haberse espatriado.

Muy diversa fue la suerte de Hermina; consiguió por su economia el que Armando saliese de Paris sin deudas y con mucho dinero: este buscó un asilo en Alemania y tomó en arriendo una hermosa granja cerca de una ciudad comerciante; puso parte de sus fondos en el comercio, y con el resto emprendió un pequeño tráfico particular. Hermina se estableció con sus hijos en la granja y se portó con tal actividad é inteligencia, que al cabo del año el producto de la huerta, de los frutales y demas tierras fué mas que suficiente, para pagar el arriendo de aquella posesion, y mantener con decencia su familia. Armando libre de todo cuidado doméstico, pudo dedicarse enteramente à los asuntos exteriores; aumentó considerablemente sus cauda-

les, y hubiera sido tan dichoso en su destierro como en Paris, á no tenerle en continua zozobra la suerte de sus amigos y de su pátria. Acogió en su quinta á sus suegros que emigraron un año mas tarde que él; educó perfectamente à sus hijos, y despues de diez años de espatriacion volvió con ellos y con su muger á Francia, en donde á más de la dicha que con tan dulce compañía disfrutaba en todas partes, hallò la de vivir seguro y tranquilo en una patria por la cual habia suspirado tanto tiempo.

FIN.

<i>El mérito desatendido.</i>	74
<i>Á un Niño Jesus muy hermoso.</i>	76
<i>Á Filotéa : Dios.</i>	78
<i>Afectos de una Religiosa al contemplar la pequeña Iglesia de San Josef de Avila, donde su Seráfica Madre Santa Tere- sa fundó el primer convento de su órden.</i>	81
<i>Temeridad del pecador.</i>	84
<i>Á una Imágen del Patriarca S. Fran- cisco que tiene el Autor , grabada por el célebre Claudio Mellán.</i>	87
<i>Version parafrástica del Salmo De pro- fundis.</i>	89
<i>Cántico de Habacuc.</i>	91
<i>Cántico primero de Moysés.</i>	96
<i>Á la Soberbia.</i>	101

PARTE SEGUNDA.

<i>Á la venida de las Magestades.</i>	107
<i>Mi sueño.</i>	118
<i>La España vencedora.</i>	126
<i>Al Ex.^{mo} Sr. Marqués de la Romana en su salida de Dinamarca para España.</i>	133
<i>El modelo del patriotismo Manuela Morcillo.</i>	140
<i>Á la Estatua erigida por la ciudad de Valencia en honor de su Augusto So- berano Fernando VII. y en memoria del dia 23 de Mayo del año 1808.</i>	146
<i>Mi sueño y mi vision , verificados en la venida de Nuestro Augusto Monarca Fernando VII.</i>	156
<i>Ververt , ó el Papagayo : poema tradu- cido del Francés.</i>	163

FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU



7021613

